Luisa Valenzuela: un viaje alucinante

Por **ENZO MAQUEIRA**

Un viaje de ida hacia la escritora de los mil viajes. Es corto, apenas a unos barrios de distancia del mío. Pero cruzar Buenos Aires desde su casi centro geográfico hasta el coqueto Belgrano supone atravesar el barrio chino y entrar en un sueño de calles que huelen a frituras de Shanghái, o descubrir el flamante pasaje Echeverría y sus locales de comida al paso, con ese aire berlinés de grafitis y borracheras. Después, los caserones, las hojas amarillentas de los árboles de un otoño en el hemisferio sur, la calma chicha de un sábado a la tarde. La casa de Luisa Valenzuela. Vengo a visitarla. La excusa es que preparo un texto sobre *Los tiempos detenidos*, su libro más reciente. Un testimonio sobre el encierro y la literatura, sobre una meningitis que casi la mata en 2010 y la pandemia que casi nos mata diez años más tarde. Vengo para compartir un rato con ella antes de que parta una vez más, esta vez a Liubliana, en Eslovenia, y después a Trieste, Milano, Belgrado… Conferencias, presentaciones, premios por recibir. A sus ochenta y cuatro años, es la literatura la que le saca cada boleto hacia lo desconocido. «Así el viaje sale más barato y no me siento tan pecaminosa», dice, después de abrirme la puerta y mostrarme las paredes de una casa que podría ser un museo, colmadas de máscaras multicolores, con cuernos, con bocas abiertas, cada una de ellas como una porción de esos mundos que Luisa exploró hasta el asombro.

Quizás porque su madre lo era, ella no quería ser escritora. Imaginaba un futuro cercano a la matemática o la ciencia. Sin embargo, «Petitina», como la llamaban todos, se inventaba sus propias aventuras vagando por aquel Belgrano de la primera mitad del siglo XX. Buscaba tesoros, revelaba misterios, se imaginaba protagonista de una vuelta al día en ochenta mundos. Su primer viaje, «mi primer vida externa», dirá mientras comemos empanadas sentados en un sillón largo y confortable, fue por salud: al año y medio de vida, cuando la familia se trasladó a Punta del Este porque Petitina necesitaba curarse con el aire de mar por una otitis que la dejaría sorda de un oído. Recogía caracoles y se los llevaba a su mamá a la cama. Vivían en un hotel con una puerta vaivén. Luisa entraba al comedor y pedía: «Quiero bichos», y se llenaba la boca de mejillones. Entonces era imposible que lo supiera, pero el mismo mar donde crecían esas delicias era la alfombra mágica que la llevaría a tantos asombros nuevos.

Dos marinos

Si la enfermedad la condujo hacia su primer destino, en *Los tiempos detenidos* se conjugan la imposibilidad de salir por causa de la pandemia con la experiencia espeluznante de acercarse demasiado al final. Esta vez el viaje no es en barco, ni avión, ni camello del desierto. Su boleto de ida es un diagnóstico de meningitis. En una cama de hospital, ajena a lo que acontecía en ese alrededor que la cautivó siempre, Luisa Valenzuela se enfrenta a una cortina. Era la entrada a una oscuridad absoluta, de «una negrura que no te podés imaginar». Pero esa cortina fue la que la decidió a luchar por el regreso. Se acordó de todo lo que tenía que hacer y decidió la vuelta. «Ahora no me acuerdo qué era lo que tenía que hacer —dice mientras mastica, risueña, y su loro Koko pide a los gritos su tajada del banquete—, pero fue lo que me salvó».

¿Habrán sido los viajes pendientes los que le sacaron el boleto de regreso a la vida? «Así, en el lento viaje de retorno, lentísimo, cierto día me devolvieron a mi casa y yo era un nabo olvidado en el fondo de la heladera, inconsistente […] Despertar cada mañana con la sensación de otro vacío por delante. La desesperación de no poder siquiera fijar la vista, el esfuerzo para leer algún microrrelato, un cuento de Chamico. Y nada más, nada […] Mientras tanto, peor que la vejez: la total ausencia de entusiasmo», escribe en el libro, y cuenta que aterriza en el mundo de los mortales sin habla, sin escritura y sin deseo. Pero ella sabe, cómo no saberlo, que el camino se hace al andar. Y también que cuando finalmente logre volver, deberá contarlo.

Luisa Valenzuela. Fotografía: Hugo Passarello ©

Y yo quiero que me cuente. El libro me fascinó, igual que su mirada chispeante, su voz apasionada, sus ideas brillantes y divertidas. Sus recuerdos de los pequeños grandes viajes en el gran viaje de su vida. Que su primer amor era rubio, de ojos celestes, culto y hermoso. Que era marino mercante. Que ella tenía veinte años. Estaban recién casados, pero él no podía llevarla en su barco porque se trataba de un buque de carga. Entonces Petitina lo siguió en un barco de pasajeros, en segunda clase, un camarote compartido con más mujeres. En esas semanas sobre el Atlántico se hizo amiga de un grupo de jóvenes. El barco ofrecía excursiones en cada puerto, pero ellos paseaban por su cuenta. Así llegaron al Instituto Antiofídico de Butantán, en una escala en Brasil. ¡A jugar con las serpientes, Luisa! Mientras los demás salían corriendo. «¡Tuve que volver sola al barco!», todavía se ríe, sesenta y tantos años después.

Por entonces ya había firmado algunas notas periodísticas en la revista juvenil *Quince abriles*. Pronto sería corresponsal para el diario *El Mundo*, el mismo donde había brillado Roberto Arlt. Faltaba poco para publicar su primer cuento en la revista *Ficción*. Eso también era un viaje. Hasta que ¡por fin!: Europa, el reencuentro con el marino, la vida de casada en un pueblo de Normandía. En ese lugar nació su hija, después se mudaron a París. Conoce la bohemia, escribe su primera novela. El azar la lleva hasta un teatro y un asiento justo detrás de un señor muy alto que elaboraba reflexiones sesudas con un acento argentino y una *erre* a lo francés. Enseguida se dio cuenta de que era Cortázar. Con el tiempo se hicieron amigos. Julio decía que la patafísica los había unido, aunque Luisa descubrió la patafísica después. Pero la vida en París era dura; la guerra con Argelia exaltaba los nacionalismos y, quizás por su fisonomía, quizás por un gentilicio similar, a Luisa la confundían con argelina.

Aunque su marido era un hombre fiel, tenía problemas para aceptar los deseos de un espíritu libre como el de su esposa. Petitina no había nacido para el matrimonio, mucho menos para un marido que no era capaz de escucharla. «Había nacido para divertirme… ¡qué sé yo!». Con el tiempo apareció otro marino mercante, también francés y de ojos azules. Aunque solo se parecían en estas tres características. Con él no quiso casarse, pero podía acompañarlo a bordo. Llevaban los mejores alcoholes de la tierra. Comían arenque y platos franceses. Se divertía, aunque todos se burlaban de ella porque se mareaba. Ese capitán también era un gran lector, tocaba la guitarra clásica, le traía libros de Francia… En el barco, Luisa leyó a Jacques Prevert, a Malraux, a Mallarmé. Conoció de Normandía a la Provence; también Belgrado, Budapest y Praga, ciudades sometidas al yugo de la Unión Soviética. Ese capitán sí la escuchaba. Además se divertía con su mujer aventurera. Sin embargo, el matrimonio que nunca fue terminó por no ser del todo, y así los viajes se transformaron en un camino que descubriría sola.

El tiempo recobrado

Los tiempos detenidos se divide en dos cuadernos: uno, gris («Travesías») y otro, rojo («Luisa»). En el cuaderno gris relata el camino desde la meningitis hacia la cortina negra de la muerte. En el cuaderno rojo reflexiona sobre la pandemia («Todos los virus son una forma de lenguaje»),

el mundo en pausa y sus *covidiotas* («¿Cómo hacen para dar la vuelta al mundo, me pregunté, si la tierra es un gran plato?»). Luisa escribe que el entusiasmo es uno de los motores de la vida y de la literatura. También explica: «quiero saber», porque cuando estaba convaleciente no podía hacerlo. «De eso se trata estar en vida: de saber. Más allá de habilidad o talento, se requiere de entusiasmo». El libro es además un viaje hacia el entusiasmo recobrado, porque si no: ¿a quién se le ocurriría escribir sobre un tiempo inmóvil? ¿Y sobre dos? La pandemia colectiva y la enfermedad personal. Un paréntesis de diez años de distancia entre las tragedias. ¿Cómo hacerlo sin una inyección de entusiasmo asombroso, de paciencia proustiana? Luisa se obliga a recuperar la escritura como si se tratara de los deberes de la escuela. A medida que recupera la escritura, se aleja de la cortina negra. La escritura es su antídoto contra la muerte. También un pasaporte. Después de la separación, de la mano del periodismo. Pronto, yendo detrás de sus libros viajeros. «Me encantaba —me encanta— viajar sola. Fui a lugares rarísimos. Ahora me da un poco de miedo por mi edad». En el pasado —y en la memoria— queda aquella semana santa con los indios yaqui en México, sus máscaras de payasos sagrados, su oficio de tinieblas, los cascabeles de capullos de mariposas, las luces que se van apagando, el aullido de los yaqui. No los podés fotografiar ni te podés acercar a las máscaras. Ellos vienen y te joden, pero vos tenés que mantener distancia», cuenta maravillada. Ya no quedan empanadas en la canasta y la botella de vino promedia su último cuarto. Suelta más recuerdos: los carnavales de Cerdeña y su «fuerza telúrica infernal», con esos hombres enmascarados, tapados con unas pellizas, pieles, cencerros con los que despiertan a la tierra; los Esteros del Iberá, ese mundo doble que se refleja en el agua negra, palmeras, jardines, «estás parado y una isla pasa flotando». «¿Y España?», pregunto. «Un viaje a Barcelona, a conocer el arte románico. Y un año nuevo en Granada, que había que cuidar la energía y estaba todo apagado; con un grupo de amigos nos fuimos al Sacromonte y terminamos bailando en ronda sobre una fuente.»

Los tiempos detenidos es un libro acerca de los viajes que no pudieron ser, pero también sobre el lentísimo recobrar del movimiento. «¡¡¡Oh, sorpresa!!! Acabo de oír pasar un avión. Escuchar, como dicen ahora ignorando el verbo oír. Escuché, entonces, como si hubiese estado atenta a ese improbable sonido, antes tan habitual […]. Oí el paso de un avión por primera vez en meses y no vino a mi mente la nostalgia de los viajes que me perdí por culpa del Covid: Japón, Corea, México… los pasajes esperan a que vuelvan los tiempos del traslado. Y el tiempo ya no vuela, repta a paso de tortuga y para colmo mis dos tortugas han desaparecido de la vista: están hibernando. Yo no hiberno, escribo, que es otra forma del ir gastando en una pasividad productiva las energías acumuladas».

Y en este tiempo pospandemia, hay esperanzas de recobrar lo perdido. «Acampé de muy grande, con más de sesenta años, en el desierto del Sahara. Fui con un amigo banquero suizo. Yo decía que iba a escribir un libro: *Viajes con mi banquero suizo*. Con él dormí cinco noches bajo las estrellas. Atravesábamos el desierto libio: por momentos blanco, por momentos negro. Cada día era distinto. Dormíamos con unas frazadas pesadas que, enroscadas, se convertían en almohadones. Comíamos cous cous. En otro viaje nos fuimos a Mali a caminar por el desierto. Teníamos que hacer treinta kilómetros por día, pero no lo lográbamos. Dormíamos en los techos de las chozas. Había caminos por arriba, así que la gente pasaba por encima de uno. Era gente divina. Dormíamos con una alfombra de yute y una colchoneta. Bordeamos un farallón y llegamos a un festival de máscaras». Y ahí está, otra vez, esa fascinación por las máscaras. No se acuerda cuál fue la primera, pero sí por qué: la máscara vino de la fascinación por el mundo, por lo distinto. La máscara como revelación. ¿Y la literatura, Luisa? «Un acercamiento a la comprensión de algo. No entiendo el mundo sin escribirlo. De eso me di cuenta cuando salí de la meningitis. Es mi manera de poner orden, de ver las cosas; si no, no me doy cuenta de nada».

En el futuro, los viajes pendientes: Vancouver, la costa de Canadá. También el Festival del Falo de acero en Japón, donde dice que sirven sushi de falo. «La escritura es un viaje», reflexionamos juntos. Los libros viajan con ella. Ella viaja por los libros. La pandemia fue un viaje para todos nosotros. También un tiempo detenido. Esa contradicción —o ese misterio— es la que desentraña en *Los tiempos detenidos*. Me quedo pensando en eso cuando nos levantamos del sillón, dejamos las máscaras atrás, me abre la puerta que me devuelve a los árboles de Belgrano. El viaje alucinante a Luisa Valenzuela termina para mí. El suyo acaba de empezar, una vez más, hasta que sea el tiempo de sentarse a escribir para contarlo todo.